

¿QUÉ CAMINO SE HACE AL ANDAR POR LA TERCERA VÍA?

José Luis Ugarte

"*Edozein zidorrek lupari du – Todo sendero tiene atolladero*"

De "*Los Refranes y Sentencias de 1596*"

Lástima que no quepa detenerse aquí en una consideración algo pausada de la elevadísima potencia cabalística que debe alcanzar el número tres. Cuantas cosas de la máxima importancia resulta que son tres: en teología, en filosofía (dialéctica, especialmente), en el arte de Cúchares, donde suena un fatídico tercer aviso; desde el *dritte Reich* al tercer ojo, al tricordio, a la terna y a un enorme etcétera.

No es así extraño que Tony Blair haya redescubierto, por enésima vez, una *tercera vía*, atento como todo estadista contemporáneo debe estarlo a la transcendencia de la imagen. Aunque Tony (que en rigor habría de traducirse por algo así como Toñete) nos diga muy serio que "siempre he creído que la política tiene que ver, ante todo, con las ideas" (1), afirmación profundamente extraña, sea dicho de paso, a la entera tradición política del Reino Unido.

1. En el contexto británico

No obstante, en el contexto británico, no deja de parecer hoy bastante justificado –ante todo por el éxito que ha alcanzado cerca del electorado; "les hemos votado porque son ya lo mismo que los tories, pero no son los mismos tories de siempre"– que el nuevo laborismo intente, en efecto, un tercer camino. Es decir, una opción que rechace a la vez la visión thatcheriana de la sociedad como sólo un mercado (más bien, supermercado); y la fijación del laborismo tradicional con la colectivización y con el conflicto entre capital y trabajo (y de los sindicatos entre sí). Por otra parte, más que de rechazar, se trata de combinar; de fusionar el "socialismo democrático y el liberalismo, cuyo divorcio en este siglo debilitó tanto la polí-

tica progresista", según sigue diciendo Blair en su –o por él firmado– panfleto.

Cabría aquí tratar de adentrarse en la elaboración conceptual de esta tercera vía que ha hecho Giddens (2), al que se tiene por el gran gurú e inspirador intelectual del nuevo laborismo; o rastrear con Birnbaum (3) sus antecedentes en la doctrina social de la Iglesia, que en el caso de Blair sería la anglicana; o señalar las profundas concomitancias que existen entre la sociedad de clases medias y el nuevo laborismo, probablemente mayores que las que esta suerte de sociedad tenga con un neoliberalismo fundamentalista, etc. Pero será menos pretencioso –y quizá no menos informativo– que nos atengamos en esta nota a un enfoque muy simplista y a ras de tierra de la cuestión.

En la práctica, lo que el nuevo laborismo británico quiere, por decirlo así, es convertir a Lady Thatcher y a Lord Beveridge en *bed fellows*, en compañeros de cama; y ver que pasa, si es que pasa algo. Por una parte, se propone mantener íntegras las reformas liberalizadoras de los mercados (incluido el de trabajo), la privatización de las empresas públicas y la reducción de la imposición directa y de su progresividad, introducidas en los largos trece años de gobierno conservador, anteriores a las elecciones de 1997. Por otra parte, quiere también mantener y mejorar los componentes básicos (y/o más apreciados por la opinión pública) del Estado de Bienestar y muy principalmente la asistencia médica y hospitalaria gratuita para el paciente (el *National Health Service*) y la educación pública. Confía el nuevo laborismo en que el dinamismo de la economía británica y el crecimiento del PIB y del empleo propiciado por la desregulación y la flexibilidad de los mercados traiga consigo el incremento y la suficiencia de los ingresos públicos precisos para costear el Estado de Bienestar. Todo lo que parece bastante persuasivo, aún más que la un

tanto obsesiva y obsesionante sonrisa de Tony; pero que no se sabrá –si llega alguna vez a saberse a ciencia cierta– si es también suficientemente factible, hasta que haya pasado bastante más tiempo el año y medio que lleva gobernando el nuevo laborismo.

Siguiendo con nuestras, sin duda, excesivas simplificaciones, cabe decir que en el Reino Unido, con determinadas y significativas peculiaridades, el Estado de Bienestar se enfrenta hoy con los mismos retos y problemas que en las demás economías occidentales desarrolladas o en la mayoría de ellas. Principalmente, con una polarización creciente de la distribución de la renta a la que acompaña la aparición de una nueva pobreza, o un núcleo duro de ella; con niveles de paro muy altos (aunque bastante menos elevados en Gran Bretaña que en el Continente); con el envejecimiento de la población (también menos acusado en Gran Bretaña), con un alza fortísima de los costes de la salud y de la asistencia médico-hospitalaria; con los nuevos riesgos originados por la globalización, etcétera.

En esta nota sólo hay lugar para mencionar muy de pasada algunos de estos (muy complejos) retos y problemas (4). Es un tanto sorprendente que un país como el Reino Unido tenga hoy un problema de pobreza, que se ha agudizado sustancialmente en los años ochenta. Oficialmente, hay en el Reino Unido unos cinco millones y medio de pobres; tal es el número de personas, que se ha duplicado desde 1979, que reciben, en cuanto tales, el llamado "Supplementary Income Support". Los dependientes de ellas pueden ser casi otros tantos con lo que la suma constituiría casi un 17% de la población total del país (5). Por otra parte, la línea "nacional" de la pobreza en Gran Bretaña –definida como la mitad de la mitad del ingreso medio por habitante– deja por debajo de ella casi el 15% de la población, frente a casi el 17% en España, según estimaciones basadas en las de la Comunidad Europea para fines de las ochenta (6). Hace tiempo que el proletariado tradicional británico se ha transformado o está transformándose en clases medias. Pero ha surgido en el Reino Unido, en los últimos lustros, una suerte de subproletariado o *lumpenproletariat* "excluido", constituido principalmente por parados a muy largo plazo; por personas que han desistido de la búsqueda de empleo o no poseen la capacitación mínima

para encontrarlo; por jóvenes que nunca han tenido uno; por familias uniparentales (por "single mothers", como se sigue diciendo); por enfermos crónicos y discapacitados que han quedado marginados de la sociedad normal. Hay aspectos de la cuestión de los que en el Reino Unido se trata sólo muy púdicamente y sobre los que es casi imposible encontrar estadísticas (aunque en alguna parte las habrá); sin embargo, una correlación francamente "robusta" (y apreciable a simple vista) es la que debe existir en el país entre esta pobreza contemporánea y el color de la piel o la condición de descendiente de inmigrantes de color que tienen muchos de los pobres ("I am not longer a Jamaican but I will never be a Brit", es el género de frase que se oye a menudo).

Durante su última y extensa etapa de gobierno, los conservadores hicieron lo posible por aumentar los incentivos personales y empresariales, dejando que se abriera el abanico de los salarios y de las remuneraciones reales; y parece que lo lograron bastante. En 1995, la participación en el ingreso nacional total que corresponderían a la *decila* más alta era unas ocho veces la que tocaba a la más baja, lo que se comparaba con unas cuatro veces y media en 1979 (7). Además, parece haberse registrado en Gran Bretaña –como en EE.UU. – un cambio notable en la estructura de la demanda de trabajo, cambio que opera en favor de los trabajadores más calificados y mejor pagados y en contra de los menos calificados.

El nuevo laborismo tiene una receta básica para reducir la pobreza, en la que por cierto no dejan de resonar ciertos ecos victorianos: la de poner a trabajar a los pobres. Como se repite incansablemente: "empleo para quienes puedan trabajar, asistencia sólo para quienes no puedan". El programa, o conjunto de programas, más importante que ha diseñado e iniciado el nuevo laborismo, es así el llamado "Welfare to Work", constituido por una serie excepcionalmente amplia de "políticas activas" de mercado laboral. Lo que sobre todo se intenta con él es aumentar la "empleabilidad" de la fuerza de trabajo –mediante su capacitación profesional, en el sentido más amplio de la palabra, y también personal– así como de eliminar o reducir los desincentivos, hoy importantes en el Reino Unido, a la incorporación o reincorporación al mercado de trabajo. La pérdida de beneficios sociales –del subsidio de desem-

pleo etc.– y la obligación de pagar impuestos se combinan de tal manera que constituyen una "trampa de la pobreza", particularmente difícil de salvar en Gran Bretaña.

Un componente de mayor peso en este programa de "Welfare to Work" no es otro que la subvención al empleo de jóvenes y de quienes se encuentren en paro de larga duración. (El "peso muerto" de esta estrategia puede ser muy significativo, porque los empleos subvencionados pueden simplemente reemplazar en buena medida a los no subvencionados). Los planteamientos del principal programa neolaborista no están pues exentos de toda crítica (18); y sólo el transcurso del tiempo nos informará sobre su éxito.

Por otra parte, Gran Bretaña tiene, en conjunto, el mercado de trabajo menos regulado de la U.E.; y, correlativamente, una de las menores tasas globales de paro –aunque, como se ha visto, este último se haya concentrado en un núcleo duro– y una mayor dispersión de los salarios. El nuevo laborismo no ha procedido a una mayor regulación de este mercado de trabajo, salvo con la introducción de un salario mínimo, por ahora de poca relevancia práctica; ni ha potenciado de nuevo la posición negociadora de los sindicatos, muy debilitada, por numerosas causas, entre ellas la Sra. Thatcher, en los últimos lustros; ni ha aumentado la progresividad de la carga fiscal, muy reducida por los conservadores; y ha sancionado las supresiones de empleos en el Sector Público causada por la privatización de las empresas públicas, aunque ha gravado fiscalmente –por una sólo vez– los beneficios extraordinarios resultantes de estas privatizaciones o de parte de ellas.

Los británicos y su Estado de Bienestar tienen la gran suerte de encontrarse ya resuelto –es decir, a medias resuelto– el problema de las pensiones, auténtica pesadilla para muchos otros países. El envejecimiento de la población del Reino Unido empezó antes y está siéndolo ahora menos brusco. Además, llevan ya muchos años desarrollándose en este país los fondos privados y empresariales de pensiones; con lo que la pensión pública se va progresivamente transformando en una pensión de acceso universal, pero en realidad sólo complementaria y que asegura simplemente un mínimo de ingresos. Por el mismo camino

se dispone a seguir en la materia, por lo que hasta ahora se sabe, el nuevo laborismo.

En el Reino Unido se critica abundantemente el funcionamiento del N.H.S., del Servicio Nacional de Salud y, en particular, las colas y listas de espera que retrasan las intervenciones quirúrgicas. Pero la opinión pública británica es, con todo, muy mayoritariamente contraria a la privatización de la medicina; se teme, visto el ejemplo estadounidense, que la medicina privada no cure con mucha más seguridad y acierto que la pública y tenga por añadidura un coste ruinoso para el paciente: que sea peor la factura que la enfermedad. En tiempos de la Sra. Thatcher, en el N.H.S. se había introducido o se estaba intentando introducir un interesante "mercado interno" que intentaba romper la conexión, económicamente perversa, que en la medicina pública existe entre el demandante de los servicios (el médico, en nombre del paciente) y el ofertante (el mismo médico u otros). Tony Blair ha abolido, en principio, este mercado interno y se propone acabar con las colas mediante un aumento muy sustancial de la oferta de los recursos del N.H.S. y la mejora de la organización y coordinación de las prestaciones; todo ello reforzando la autonomía de la gestión hospitalaria. No está por el momento muy claro cómo lo va a conseguir.

Si a algo aspiran la Tercera Vía y el nuevo laborismo es a más y mejor educación. En ella se ve la clave del arco: la inversión más productiva y más capaz de asegurar el dinamismo y la competitividad de la economía británica en una época de grandes cambios tecnológicos. Además, la distribución del capital (humano) que la educación implica o tiende a promover es la mejor manera que se conoce de llegar a una sociedad más equitativa y de avanzar hacia la igualdad de oportunidades, que es la que de verdad importa. Un tanto paradójicamente, la británica ha estado durante largo tiempo bastante atrasada en materia educativa –excepción hecha, por supuesto, de la educación recibida por la *elite* en "Oxbridge"–, y no es todavía hoy de las más adelantadas en ella. La reforma educativa que se propone el nuevo laborismo parece, esencialmente, la de aportar más recursos al sistema existente. De la curiosa situación de las *public*, (es decir, privadas) *schools* en el acceso a la educación superior, tema siempre candente para el laborismo tradicional, da la impresión de que no se habla para

nada en el nuevo, aunque el Gobierno Blair ha suprimido discretamente algunas de las subvenciones recibidas por estas instituciones. Es de suponer, en todo caso, que la gran mayoría de los hijos de los ministros de este Gobierno, como de los anteriores, se están educando o se hayan ya educado en ellas.

De manera que en el año y medio hasta ahora transcurrido bajo el signo del nuevo laborismo, ni Lady Thatcher ha expulsado del lecho conyugal a Lord Beveridge ni a la inversa. No parece mal principio, pero queda todavía mucho por ver cuánto dura su conyacer y qué frutos tiene. Puede decirse tanto que el nuevo laborismo es neocapitalismo disfrazado de socialismo como lo contrario. Pero ¿importa tanto el averiguarlo? ¿Logrará la Tercera Vía preservar la viabilidad financiera del Estado de Bienestar o lo hará volver a una especie de beneficencia, ofrecida sólo a los pobres que se lo merezcan y conjuntada con la imposición de una serie de seguros de vejez y enfermedad obligatorios como el de los automóviles? Las diferencias entre un sistema y otro, en la práctica, pueden no ser tan grandes. El acceso universal y gratuito (para el usuario) a las prestaciones, la consideración de los derechos económicos y sociales como una extensión de la ciudadanía política tienen su indudable atractivo, pero tropiezan necesariamente con el hecho de que los recursos económicos son siempre limitados en relación con las necesidades. No hay una indefinida "barra libre" que no acabe arruinando al establecimiento y, comprobadamente, "there is no such a thing as a free lunch".

2. Por otras latitudes

Las recetas británicas no suelen ser tan exportables como a veces parecen. Pero la problemática con que se enfrenta el Reino Unido se reitera en grueso en muchos otros países, por no decir en todos: como combinar en forma óptima, o al menos aceptable, el mercado con el Sector Público: la libertad de empresa privada con su regulación; los incentivos individuales y empresariales con un mínimo de equidad y cohesión social; la solidaridad espontánea –como la que se pone en evidencia en el voluntariado, fenómeno importantísimo de nuestros días– con la obligada.

Nada cabe dar por demostrado en econo-

mía, ciencia –si merece el nombre– muy blanda; pero, a efectos prácticos, puede darse hoy por suficientemente probado que: 1) una economía sin mercados ni empresas privadas no funciona –véase el caso de Rusia I, cuando era la Unión Soviética–; y 2) el mercado no se basta a sí mismo, necesita de un marco legal e institucional dentro del que situarse –véase el caso de Rusia II, la actual–. Sin precios de mercado no hay cálculo económico racional; sin Sector Público, no se dispondrá de los bienes y servicios públicos y cuasipúblicos imprescindibles. La planificación central a la soviética fue una utopía, desafortunadamente a medias realizada. El "Estado mínimo" es otra utopía, que los electorados evidentemente no desean, a la vez por buenas y malas razones. Sólo sería implantable por una suerte de despotismo ilustrado, al que a veces no se muestra del todo contrario un Hayek, el cual admite, sin embargo, la conveniencia de alguna redistribución de la renta, a través del Estado de Bienestar, con el fin de aminsonar el resentimiento de las clases menos ilustradas y más desfavorecidas, que pondría en peligro la paz social, requerida para el buen funcionamiento de la oferta y de la demanda (9).

Por ser viable, toda economía ha de ser mixta. Diciéndolo no se dice en realidad mucho, ya que ¿por dónde hacer pasar la frontera entre lo público y lo privado, qué marcas más o menos definidas puede haber entre los dos, qué ponderación otorgar a los dos ingredientes? Es de temer que, en esta dosificación, sólo quepa escoger entre diversos "second-bests" y "third-bests": que simplemente no haya una solución óptima (ni una sociedad justa, como resulta que no había un precio justo, sólo un precio de equilibrio). La dosificación que, probablemente zigzageando, en cada país y en cada momento, se adopte o se registre o se intente, dependerá de infinitas circunstancias de lugar y tiempo, de las opciones y preferencias políticas dominantes, de las experiencias y de las decepciones, de las reacciones de la sociedad que cambian continuamente la realidad sobre la que se trata de actuar. En grado que el no economista no sospecha dependerá esta elección también de la moda, del paradigma o conjunto de paradigmas más en boga en cada época o etapa (10). El pensamiento económico tiende con harta frecuencia a ser pensamiento único. De ser todos keynesianos se pasa con facilidad a ser todos neoclásicos o marxistas, y así sucesivamente.

Desde el fin de la II Guerra Mundial hasta la crisis de los setenta, durante los llamados (hoy) años dorados, con variantes diversas según los lugares, la fórmula que se consideró preferible era la que *a posteriori* se califica de keynesiana. Se confiaba en ella en el mantenimiento del pleno empleo gracias al sostenimiento de la demanda (en un nivel que no ocasionara tensiones inflacionistas graves); se admitía, asimismo, el rápido crecimiento del gasto público, y en particular del propio del Estado de Bienestar, de los gastos y transferencias sociales y de protección social; incluso en algún caso se adoptó (o se hizo como que se adoptaba) una planificación indicativa del conjunto de la economía, aunque a menudo esta planificación no pasara –así ocurrió señaladamente en España– de la categoría de fenómeno meramente editorial, a cargo de las imprentas de los correspondientes B.O.E.

La crisis de mediados de los setenta –en cuyas causaciones no es cosa de entrar aquí una vez más– cambió radicalmente el paradigma, mucho más por supuesto que la realidad de las economías y de las políticas económicas. Una revolución conservadora o bien neoliberal –quién iba a decir que los dos adjetivos acabarían significando lo mismo– volvió a dar prioridad absoluta a la estabilidad de precios y a criminalizar los déficit públicos; postuló y en buena medida llevó a la práctica la privatización o reprivatización de las empresas públicas; liberó y desreguló adicionalmente los mercados; anatematizó los tipos impositivos marginales expropiatorios, etc. No hace ya falta entrar en muchos detalles acerca de este último paradigma; a finales de los noventa está dejando ya ser el último. Una nueva, aunque comparativamente moderada, oscilación del péndulo y otro zigzag hacen que lo que se lleva o empieza a llevar ahora sea justamente esta *Third Way* de que aquí se ha estado tratando: la nueva izquierda, la izquierda del centro o el centro de la izquierda, el nuevo radicalismo, "die neue Mitte" y otros sinónimos. En las localizaciones algo periféricas y provincianas, apenas acaba uno de enterarse de qué constituye la última moda, ésta se ha transformado ya en la penúltima.

Por lo demás, según nuestro Tony Blair "ya no hay derechas ni izquierdas, sólo buenas y malas políticas económicas" (11). Cierto que todos los partidos políticos (todos los que cuentan) son hoy centristas y lo proclaman,

pero no se trata de un centro–centro, más bien de un centro o levemente a la izquierda o ligeramente a la derecha. Incluso si las políticas económicas de ambos centros son prácticamente indiferenciables, no deja de ser funcional que traten de diferenciarse, como hacían los verdes y azules en Bizancio o como hacen (perdón por el atrevimiento de un lego en materia futbolística) los seguidores del madrileño Atlético y del Real Madrid. No es nada conveniente que los Gobiernos se eternicen en el poder; logotipos como los mencionados hacen técnicamente más fácil para los ciudadanos el expulsar de él periódicamente a los unos para que se pongan los otros

3. De la recepción del *tonyblairismo* en España

La popularidad de Tony Blair (o de su imagen), también fuera del Reino Unido, es extraordinaria. Entre los políticos españoles de todo signo parece del todo desatada, habiéndose llegado a un verdadero acoso de Tony y adláteres por sus fans y *supporters* ibéricos. Con muy pocas –y por ello mismo respetables– excepciones, unos se han acostado neoliberales para despertar neolaboristas, y los otros han descubierto que ya eran tonyblairistas sin saberlo.

Cierto que lo que está haciendo (y no haciendo) el neolaborismo, los problemas con que se enfrenta (o esquivada) y las soluciones que intenta darles son muy relevantes para España. Son, desde nuestra perspectiva, muy útil materia de reflexión las medidas y políticas que en el Reino Unido tratan a la vez de preservar y reformar el Estado de Bienestar. Por ejemplo, y entre otros muchos, la transición desde un sistema de pensiones basado en el reparto a otro que otorga un papel sustancial a los fondos privados y empresariales de pensiones está haciéndose en el Reino Unido al parecer de forma ordenada y sin traumas. Como se ha visto, al neolaborismo le preocupa muy en primer término la "empleabilidad" de la fuerza de trabajo y la transformación de la asistencia a los parados en oferta de puestos de trabajo; algo que en España nos debería preocupar unas tres veces más, porque tal es la relación entre nuestra cuota de paro y la británica. Nadie en su sano juicio puede negar hoy que la diferencia fundamental entre nuestra situación y la británica vie-

ne dada por la incomparablemente mayor flexibilidad y ausencia de reglamentación del mercado laboral en Gran Bretaña. Hay un núcleo duro, como se ha dicho, en el paro británico; también debe estar formándose desde hace tiempo en el español (incluso con un componente ya importante de inmigración, tan evidenciado por la tragedia cotidiana de las pateras). No deja de ser sorprendente, con todo, que los Jefes de Gobierno español y británico se hayan dirigido recientemente de manera conjunta a los demás Gobiernos de la Unión Europea para recomendarles, entre otras cosas, la flexibilidad del mercado de trabajo.

En el caso español, recomendamos a los otros precisamente aquello de que nosotros más carecemos.

Por supuesto, cualquier mimetismo de las políticas británicas sería inadecuado. La propia denominación, marca de origen o mantra "Tercera Vía" no parece en España especialmente afortunada. ¿Quién ha sido aquí nuestra Sra. Thatcher? Tal vez, quien más se le parezca continúe siendo don Laureano de Figuerola, que rebajó los aranceles y murió ya hace casi un siglo. Sus epígonos –los Ullastres, Boyer y alguno más– bastante tenían que hacer con disimular, incluso a veces ante sí mismos, que eran liberales. De hecho, la liberación de nuestros mercados ha sido la exigida por los compromisos internacionales que el país ha ido adquiriendo y consecuencia (la más favorable) de nuestra incorporación a la integración europea. Sólo en la reciente oleada de privatizaciones de empresas públicas hemos ido por delante con algún brío (12). ¿Y quién sería de verdad nuestro candidato a Lord Beveridge? Pues nada menos que el camarada Girón, para el que la esencia del pacto social no podía estar más clara: se prohibía que los obreros hicieran huelga, pero se prohibía, asimismo, que pudieran ser despedidos.

Hemos heredado en España –no sólo del franquismo, por desgracia de mucho antes– una sólida tradición de, por un lado, intervencionismo arbitrista y arbitrario de los mercados; y, por otro, de desgobierno –de "organización del desgobierno", la ha llamado el profesor Nieto– de la Administración y de los servicios públicos.

La libertad económica llega aquí en serio

hasta donde lo hace el sector "transable", el sometido a la competencia exterior. El protegido suele estarlo de verdad mucho. ¿Estará conduciendo el Estado de Autonomías a algún tipo de concurrencia, entre ellas y entre la periferia y el centro que propicie la oferta a los ciudadanos de mejores bienes y servicios públicos, a menor coste? No lo parece. La concurrencia, que es áspera y continua, afecta más bien al reparto de recursos y presupuestos de "competencias" en el mal sentido de la palabra. A nuestro intervencionismo arbitrista, al déficit en la oferta de bienes y servicios públicos genuinos, los gobernados dan la réplica recurriendo por sistema al incumplimiento, a la trampa, a la picaresca y a la corrupción, en una suerte de cultura (valga la expresión) del incivismo.

Más que de encontrar una Tercera Vía –entre cuáles, ¿entre el reglamento y su incumplimiento? se trataría aquí– para seguir con las imágenes y la imaginería de desbrozar, de limpiar de malezas y brafias, de controlar el vertido de basuras y de residuos tóxicos, de adecentar el terreno. Reducir el fraude y la corrupción –en el cumplimiento de las obligaciones, fiscales y de tantos otros órdenes– parece aquí tarea más importante que la de acertar, digamos, con los tipos de gravamen impositivo que sobre el papel parezcan más puestos al día. Una severa represión del fraude al Estado de Bienestar es uno de los objetivos principales del neolaborismo en la propia Gran Bretaña; asignatura bien modesta la suya en relación con la tarea hercúlea que nosotros tenemos pendiente. Ciertamente que en España llevamos mucho tiempo lamentando nuestro desgobierno. Decía así don Pero López de Ayala, hace unos seis siglos y medio, en su *Libro Rimado de Palacio*: "Las Cortes ya están hechas, las leyes ordenadas/ durante unos meses serán muy bien guardadas/ de ahí en adelante, a robar a manadas". Pues no parece escrito hace tanto tiempo.

NOTAS

(1) Primera frase del opúsculo "La Tercera Vía", publicado en castellano por *El País/Aguilar*, Madrid 1998. Bastante más próximo a la literatura de propaganda electoral que a la de análisis, el panfleto es al menos muy legible. También lo es –aunque no tanto– el prólogo, debido a José Borrell.

(2) Mejor en "Beyond Left and Right: The Future of Radical Politics" que en su reciente "The Third Way". Polity Press, Londres 1998, bastante insustancial y encima muy reiterativo.

(3) N. Birnbaum, "¿Es auténtica la tercera vía?" en *CLAVES*, núm. 87, 1998.

(4) Véase otro opúsculo británico, esta vez muy recomendable, del Departamento de Seguridad Social del Reino Unido, "Un nuevo contrato para el bienestar. La Propuesta Laborista". Fundación Tolerancia y Solidaridad, 1998. La traducción castellana tiene un epílogo de alto interés, debido a Jordi Sevilla.

(5) O.C.D.E. *Economic Surveys: United Kingdom*. O.C.D.E. Paris 1998, pág. 80 y sigs.

(6) A. B. Atkinson. "Poverty in Europe". Blackwell, Londres 1998, pág. 4.

(7) O.C.D.E., ob. cit., pág. 80.

(8) Como la que ha formulado Robert Solow en "Guess who pays for the Workfare", en *N. Y. Review of Books*, vol. XLV, núm. 17., pág. 27.

(9) F. A. von Hayek, "The Constitution of Liberty". Routledge & Keagan Paul, Londres 1960, pág. 138.

(10) Paul Krugman (en "Cycles of Conventional Wisdom". *International Affairs* 75/1, 1996) ha puesto de relieve el casi grotesco paralelismo existente entre la explicación de los ciclos

económicos reales y la de los ciclos del pensamiento económico, ambas basadas en la fuerza de la conducta mimética.

(11) Lo que ha hecho recordar a Felipe González, con cierta alarma, la doctrina de la Falange. Afortunadamente, parece que ha descubierto luego –en vis-a-vis con el profesor Giddens– que las discrepancias eran más bien cuestión semántica que de fondo, cualquiera sea aquello de lo que en el fondo se tratase. Por su parte, el Sr. Guerra, celoso censor de la corrección de esta clase de etiquetajes, escribe que "el procedimiento más claro para identificar a los que ideológicamente se sitúan en la derecha consiste en preguntar si creen que la división entre izquierda y derecha existe aún. Si la respuesta es que no tiene sentido hablar de derecha e izquierda, el que habla es, con seguridad, un hombre de derecha". (Alfonso Guerra "Diccionario de la Izquierda", Planeta Madrid, 1998, pág. 86).

(12) Lo importante de la privatización, excepto quizá para los interesados más directos, es su impacto sobre el funcionamiento de los mercados y el grado de competencia a que los somete. Poco se ganaría, en efecto, sustituyendo un ineficiente monopolio público por un abusivo monopolio privado. No parece que sobre los efectos de este género de las privatizaciones en España se vaya sabiendo mucho, ni siquiera que se pregunte mucho. Existe, al parecer, un Consejo de Privatización, pero ha resultado muchísimo más discreto que el CESID, al menos cara al público en general.